

DESASTRES NATURALES: ¿TIENE LA HISTORIA ALGO QUE DECIR?

Margarita Gascón ¹

El terremoto y posterior tsunami en el noreste de Japón de abril pasado son dos eventos catastróficos que se suman a una seguidilla de desastres naturales que, según podría creerse, parecieran indicar que han aumentado la frecuencia con que ocurren. Más allá de que, en el caso específico de los terremotos existe actualmente una discusión científica sobre la existencia o no de los “clusters” – es decir, de momentos en los cuales se registrarían más sismos – lo que es indudable es que recibimos cada vez más información sobre ellos en tiempo real.

Recurrentemente, los medios de comunicación pasan las filmaciones por teléfono celular y de aficionados sobre inundaciones, tornados y huracanes, con sus descripciones dramáticas de los efectos provocados por el desplazamiento de miles de personas. Vemos repetidas veces la destrucción de casas y de obras de infraestructura urbana y rural. Periódicamente, son los eventos de origen geológico los que ocupan los titulares y principales espacios informativos en los medios de comunicación. Y entonces podemos preguntarnos cómo esta exposición mediática afecta a nuestra percepción.

Teníamos todavía frescas las imágenes del terremoto en Haití del año pasado cuando nos enteramos de que un tsunami había destruido varias localidades del sur chileno. Luego, observamos las imágenes de la ciudad de Concepción donde la disrupción de la vida cotidiana alcanzaba límites delictivos frente a la inacción de las autoridades en la fase de la emergencia. Muchos recordábamos con bastante precisión lo que habíamos visto del tsunami del Golfo de Bengala con el despliegue aterrador y – quizás por eso mismo, majestuoso – de su ola penetrando en hoteles de lujo, devorando playas paradisíacas y afectando a los pobladores de numerosas costas. Estos episodios naturales, abrumadores en sus impactos como la erupción del Eyjafjallajökull de Islandia en abril de 2010, mantienen viva nuestra percepción de que vivimos en un planeta geológicamente activo. Y son visualizaciones también de nuestra fragilidad frente a tan poderosas fuerzas naturales.

Para abril de este año en que el noreste de Japón era arrasado por un tsunami y un terremoto que midió 9 en la escala de Richter, menos personas rememoraban otros eventos de magnitudes semejantes. Yo tenía presente al terremoto de Sichuan en China de 2008. Midió casi 8 en la escala de Richter y ocurrió en la falla de Longmenshan. Además de haber dejado muertas y desaparecidas a más de 50 mil personas, según estimaciones, provocó efectos secundarios muy graves por los deslizamientos de tierras. Estos deslizamientos sepultaron miles de hectáreas de cultivo y bosques, y generaron 24 nuevos lagos por represas naturales en nueve ríos de la zona. Muchos expertos apenas si se animaban a dar pronósticos de recuperación para esos ecosistemas (Revista Science 320). Con esto presente, si el evento en Japón estaba en grado 9 de Richter, el daño debía ser extenso y, sobre todo, debía ser difícil de evaluar con exactitud en un primer momento.

El dato anterior se refiere a que la percepción social de los eventos catastróficos mayormente se modela con la información que nos dan los medios de comunicación. A menudo, estos medios no informan que Richter es una escala logarítmica y que, en consecuencia, un terremoto de grado 8, por ejemplo, tiene 30 veces más capacidad destructiva que uno de grado 7. El terremoto de Japón de grado 9, aún sin que nos llegasen las imágenes, era de suponer que había causado bastante destrucción incluso a ese país tecnológicamente avanzado y con experiencia sísmica. Cuando comenzaron a llegar las noticias sobre las fallas en los reactores nucleares de Fukushima Daiichi, recién ahí la sociedad comenzó a percibir que el verdadero impacto del evento estaba no solamente en sus consecuencias inmediatas sobre las sociedades, sino también en sus consecuencias sobre el ambiente en el mediano y largo plazo; es decir, en sus impactos negativos sobre la disponibilidad de recursos naturales indispensables para la vida como son el agua, el aire, la tierra y la producción de alimentos.

Como historiadora interesada en la relación de las sociedades con su ambiente natural, mi mirada sobre los desastres naturales contemporáneos está atravesada, invariablemente, por el tiempo: ¿cómo hemos vivido estos episodios en el pasado remoto y en el pasado reciente?, ¿cómo hemos interpretado a la catástrofe natural?, ¿cuáles han sido nuestras

¹ Instituto de Ciencias Humanas, Sociales y Ambientales, Mendoza y CONICET, Argentina. E-mail: gascon@lab.cricyt.edu.ar

respuestas ante el dolor por las pérdidas humanas y materiales?, ¿qué búsquedas hemos encarado para protegernos de la muerte y la destrucción?

Desde siempre, la humanidad ha tenido dos opciones para percibir a la naturaleza y a las llamadas catástrofes naturales que son flujos violentos de energía dentro de sistemas inestables. Una de esas opciones ha sido interpretarla desde el pensamiento mítico y religioso donde las catástrofes son consecuencias de un comportamiento divino. Para los griegos y los romanos, algo muy serio estaba pasando en el vecindario de los dioses si había tormentas, rayos o temblaba. Para los judíos y cristianos, la naturaleza era y es un texto donde la divinidad escribe sus mensajes. Si se trata de una catástrofe destructiva como un diluvio, una tormenta de fuego (¿rayos?) o un terremoto, el mensaje es de “castigo divino” y exige el arrepentimiento humano. A través de esa catástrofe natural, los hombres son llamados a reconocer humildemente su dependencia de la voluntad de dios y a pedirle perdón por las ofensas y pecados. De este modo, tras la catástrofe, reconstruir la materialidad urbana acompaña a la reconstrucción del vínculo con la divinidad a través de la penitencia, las procesiones y la veneración.

Sin duda han sido los terremotos destructivos del pasado las catástrofes que han despertado las mayores devociones; algunas aún hoy continúan vigentes. En América Latina, tras el terremoto de 1650 en el Cuzco surgió la devoción al Cristo de los Temblores. Trescientos años después de aquella catástrofe, esa imagen del Cristo negro sigue saliendo en procesión todos los lunes santos. Y en Lima, otra imagen colonial del Convento de las Nazarenas que fue salvada de la destrucción de un terremoto es venerada durante el mes de octubre por los peruanos, tanto en su país como fuera de él. En Argentina, la Fiesta del Milagro en la ciudad de Salta surgió tras un terremoto del siglo XVII. Atrás de cada una de estas celebraciones puede leerse el argumento de la catástrofe natural: la angustia y el miedo que estos eventos causan, y el dolor del duelo que queda en quienes los sobrevivieron.

La otra interpretación es la científica, que busca la comprensión de la naturaleza a través de un conocimiento apropiado de los comportamientos de la energía y la materia. Desde la segunda mitad del siglo XIX, la ciencia y la tecnología han permitido reducir la vulnerabilidad gracias a la ingeniería sísmica, a las mejoras de los diseños y de los materiales. Ninguno de estos avances es anecdótico en cuanto a lo que han aportado a las sociedades. Sin embargo, se ha descargado casi toda la responsabilidad de la reducción de la vulnerabilidad en la ingeniería y se ha generado la ilusión de que la tecnología le ha puesto un arnés seguro a la naturaleza.

Más recientemente se ha sumado lo que se podría llamar la fragmentación de la vulnerabilidad en una escala individual. Como uno de los productos de la década de los 90, se percibió que eran los individuos y el mercado quienes debían reducir la vulnerabilidad con casas seguras y aseguradas. Y la gente debía estar preparada en escala individual y familiar, con su botiquín completo, radio con pilas y linterna lista, conociendo por dónde evacuar un edificio. Muchas de las últimas catástrofes de magnitud (el Huracán Katrina, sin duda, pero también lo que sucedió en Haití o en Chile) ilustran que lo que no estaban preparados eran los servicios de socorro y emergencia. Por eso la percepción del rol del Estado está bajo revisión, ya que la vulnerabilidad debe reducirse en escala social a través de las políticas reguladoras, del financiamiento científico y tecnológico y del control de la gestión.

A nivel social, las catástrofes nos sirven como lupas que aumentan nuestra percepción de los comportamientos, algunos virtuosos y otros condenables. Así como hay gente que saquea, hay gente que ayuda; así como hay oportunismo, hay generosidad; así como hay destrucción, hay reconstrucción. Cada catástrofe ha servido también para organizar las agendas científicas en más de un sentido y no solamente han aprendido quienes se dedican a la ingeniería, la arquitectura, la geología, los sistemas de seguridad, de socorro y rescate entre otros. También quienes hacemos Historia ambiental y de las catástrofes naturales vemos que las catástrofes impiden desplazar los efectos indeseables de una forma de vida hacia otros segmentos sociales, hacia otros lugares geográficos o hacia el futuro. La catástrofe así nos enfrenta con nuestra realidad de una manera brutal, sin permitirnos ni postergaciones ni desplazamientos. Como le ha pasado ahora a Japón y en alguna medida a todos los países con centrales atómicas, la catástrofe ha servido como un llamado a revisar la seguridad de los reactores. Y desde este punto de vista, es indudable que la catástrofe se encarga una vez más de reajustar y organizar nuestra percepción.